

LA TIRANÍA DE LA TECNOLOGÍA

**El ser humano en manos de la
Inteligencia Artificial y el Big Data**

Tomás Perales



sclibro
servicio comercial del libro

LA TIRANÍA DE LA TECNOLOGÍA. El ser humano en manos de la Inteligencia Artificial y el Big Data

Tomás Perales Benito

ISBN: 978-84-125467-9-8

EAN: 9788412546798

IBIC: DN, TB

Copyright © 2024 SCLibro

© RC Libros es un sello y marca comercial registrados

LA TIRANÍA DE LA TECNOLOGÍA. El ser humano en manos de la Inteligencia Artificial y el Big Data.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

RC Libros, el Autor, y cualquier persona o empresa participante en la redacción, edición o producción de este libro, en ningún caso serán responsables de los resultados del uso de su contenido, ni de cualquier violación de patentes o derechos de terceras partes. El objetivo de la obra es proporcionar al lector conocimientos precisos y acreditados sobre el tema tratado pero su venta no supone ninguna forma de asistencia legal, administrativa ni de ningún otro tipo, si se precisase ayuda adicional o experta deberán buscarse los servicios de profesionales competentes. Aunque hemos tomado todas las precauciones para garantizar la exactitud del contenido de este libro, la inclusión de errores casi siempre es posible que suceda; por tanto, si encuentra alguno tanto en el texto como en el código, agradeceríamos que nos informe. Notificándolo puede ayudar tanto a otros lectores como a nosotros a mejorar ediciones posteriores. Productos y marcas citados en su contenido estén o no registrados, pertenecen a sus respectivos propietarios.

RC Libros

Calle Mar Mediterráneo, 2. N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@rclibros.es

Internet: www.rclibros.es

Diseño de colección y pre-impresión: Grupo RC

Diseño de cubierta: Cuadratín

Impresión y encuadernación: Estugraf

Depósito Legal: M-1519-2024

Impreso en España

27 26 25 24 (1,2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12)

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. ÉRASE UNA VEZ.....	1
Antecedentes	3
El amanecer de un nuevo tiempo	7
Una palabra tardía.....	10
Los padres de la electrónica	12
El embrión informático	16
Al fin solo	18
Irrumpe el soberano.....	20
El valle del Silicio	21
El mundo es un chip	23
CAPÍTULO 2. EL DESPERTAR DE LA INOCENCIA	27
Los primeros signos del desencanto	29
Un lugar en el universo	30
La acumulación de poder	34
Las dos caras de Jano	36
Sonrisas y lágrimas	37
Manos y ojos mecánicos	40
Linajes del nuevo mundo	43
Bajo la sombra de la certidumbre	46

CAPÍTULO 3. EL SER INDEFENSO	49
El vacío del individuo.....	51
¿Qué es la privacidad?	52
Tecnología o cultura	53
Este mundo no es el mío	55
Un nuevo juguete para la edad verde	57
La palabra, prisionera de la imagen.....	58
La violencia digital	59
Ciberdelincuencia.....	61
Las muñecas rusas de Internet.....	63
La era del capitalismo de la vigilancia	64
La faltriquera de bits	67
Desesperanza con humor	68
CAPÍTULO 4. ¿A QUÉ LLAMAMOS TECNOLOGÍA?	73
Ciencia y tecnología	74
Tecnología y sociedad	76
Entre el tesón y el azar	78
Los usos de la tecnología.....	80
Las dimensiones del desarrollo	83
Tecnoética	85
¿Atonta la tecnología?.....	87
CAPÍTULO 5. EL MUNDO DIGITAL.....	89
El surgimiento de un término inocente.....	91
El mundo digital tiene prisa.....	93
Bit para todo	94
Ciudadanía digital.....	96
Las Smart Cities	97
La vivienda de cristal	98
Los nuevos camellos.....	99
Todos en la nube	100
El dilema del desenganche	101
CAPÍTULO 6. EL HOMBRE VIRTUAL	105
La soledad compartida	106
La pareja ideal	108
La idea en un tranvía	109

Atrapados en la red.....	110
El abandonado de la realidad.....	111
El metaverso.....	113
CAPÍTULO 7. LA PALABRA MÁGICA	115
A vueltas con la inteligencia.....	117
Los delirios de Turing	117
Clases de IA.....	119
El algoritmo: amigo y enemigo.....	121
Los brazos y la cabeza del hombre	122
¿Hasta dónde?	123
Derechos de autor.....	125
Un Lutero en el tiempo de la IA	126
La estupidez artificial	128
CAPÍTULO 8. LA CULTURA SIN ESFUERZO	129
La sociedad del conocimiento.....	129
Los inicios de la web.....	131
La ciudad subterránea.....	132
Nace el navegador.....	134
La educación STEM	135
Bajo el yugo de los bits.....	136
CAPÍTULO 9. BIG DATA.....	139
Me gusta	140
El Big Data	141
Los papeles de Facebook.....	143
El hombre amenazado	144
CAPÍTULO 10. LA SOCIEDAD ORWELLIANA	147
Una palabra que no causó sorpresa	149
El papel de las sombrereras	150
Marconi pone las ondas	151
Silencio, se rueda	151
Ocio, cultura y formación	152
El mitin en casa	153

CAPÍTULO 11. EL MUNDO DEL TRABAJO	155
Brazos mecánicos	157
El sueño del empresario y la pesadilla del trabajador	159
Del carbón al chip.....	160
CAPÍTULO 12. EL HOMBRE CIBERNÉTICO	163
Los nuevos apóstoles	165
La cibernética	165
Las máquinas espirituales	166
Implantes para todos	167
Los nuevos guerreros	170
CAPÍTULO 13. OJOS Y OÍDOS EN EL CIELO.....	171
Al servicio de las comunicaciones	172
Al servicio de la ciencia	172
Andenes para el espacio	174
CAPÍTULO 14. SOL Y AGUA.....	175
La Tierra resiste	176
La dignidad en venta	177
El derroche energético	177
Residuos, la parte negra de la tecnología.....	178
CAPÍTULO 15. HUMANOIDES PARA TODO.....	181
Antecedentes	182
El Valle Inquietante	183
El ayudante mecánico	184
Ser electrónico	186
Los ministerios de la soledad	186
La reina de la pasarela.....	187
EPÍLOGO	189
ÍNDICE ANALÍTICO	193

ÉRASE UNA VEZ 1

Érase una vez... Es la frase que señala un suceso del pasado, la tomada en propiedad por la narrativa infantil y la puerta de entrada a este cuento que el lector tiene en sus manos, al que acompañan dos transgresiones: no estar dirigido a los infantes y no estar cocinado con la fantasía que la caracteriza. El cuento de estas líneas tiene dos protagonistas de género femenino nacidas hace mucho, mucho tiempo, casi un siglo, de progenitores diferentes, de estirpes separadas en los propósitos, pero que al encontrarse en el camino se enamoraron locamente y, de la mano que ya nadie pudo separar, cambiaron el mundo. Sus nombres suenan contundentes... y misteriosos: Electrónica e Informática.

«Cambio». Con su voz gastada por los caminos, es la palabra que hoy proferiría el gran Galileo para alertar que la Tierra no es la única que muestra incesantes intenciones bailarinas; también el ser humano, nacido inquieto, la única especie entre dos millones de criaturas vivientes que no abandona la madriguera tal como la encontró.

Si tuviésemos a nuestro alcance unas gafas de conversión de la longitud de onda de la luz, advertiríamos asombrados de nuestra osadía, tan bien condimentada de orgullo, que por nuestro espacio vital, sobre nuestras cabezas, circundando nuestros cuerpos, se mueven en caótico

tránsito millones y millones de ondas radioeléctricas, con su hatillo al hombro, el mensaje, las que no existían cuando vivía Galileo. Y con el catalejo que el viejo toscano construyó con sus propias manos advertiría, con asombro, que el espacio tiene visita: un enjambre de luciérnagas metálicas moviéndose a su aire con cuernos que llaman antenas. Es nuestra contribución personal, la singularidad de nuestra especie, porque las restantes obras de eso que llaman desarrollo tecnológico las hemos amasado y cocinado para consumirlas sobre el terreno. Las ondas de radio cercanas a la superficie y las lejanas de los satélites, diferenciadas en la potencia, la anchura y en la dirección, se entrecruzan buscando el destino señalado; los teléfonos móviles, los receptores de televisión, y tantos útiles prescindibles para la vida corriente que la ciencia ha ido esparciendo por el camino del tiempo a modo de las miguitas de pan del cuento *Pulgarcito*. Y si en un supremo ejercicio de imaginación, la capacidad que nos hace “únicos”, conforme nosotros mismos hemos acuñado, echamos mano de los dioses mitológicos griegos, percibiríamos con nitidez los gritos de *Gea*, la madre de la Tierra, por haber agujereado sus montañas, desviado sus cauces, ensuciada su lanosa piel con productos nocivos, y practicado cicatrices por toda la superficie de su hermoso cuerpo para, después, suturarlas con asfalto en nombre del desarrollo.

Clamaría también de dolor por las espinas que le hemos clavado para soportar los brillantes cables del teléfono y las pesadas antenas para mil aplicaciones. Asimismo, oíríamos los gritos de Urano, su hijo y amante, por la invasión de artilugios de metal y productos derivado del petróleo que hemos colgado a su cielo con hilos invisibles para facilitar mensajes de voz e imagen de un hemisferio a otro, de un océano al vecino y para orientarnos por el laberinto de caminos de la superficie; no serían menores los de Poseidón, que no entendería qué diablos hacen esas inquietas y ruidosas cáscaras de nuez de hierro y madera surcando altivas sus aguas para pasear a ociosos, dejando como único tributo contaminación y muerte. Finalmente se preguntaría quién ha depositado en su fondo objetos propios de los nuevos alquimistas. Es el progreso tecnológico, se dice, nos hacen decir y pensar. Afortunadamente, el avance tiene dos caras, las que presentan estas líneas, aunque incidiendo más en la agria por ser objeto de defensa de sus bien calculados zarpazos.

Desde el balcón de su nido familiar extiende al horizonte su bien nutrido brazo derecho y apunta con el dedo índice al objeto que traza piruetas en el cielo. «¡Un pájaro con pilas!», dice buscando con sus hermosos ojos los de su padre. Es una niña de tres años, sorprendida días antes intentando desplazar la imagen del televisor arrastrando el dedo por la pantalla. El “pájaro con pilas” es un dron, acaso buscando dónde posarse para entregar el encargo encomendado a su alma de silicio. El espíritu infantil había sido impregnado de tecnología y lo verdadero se alejaba de su naturaleza. ¿Progreso? ¿Cómo lo hemos fraguado? Pero... ¡cómo hemos consentido que se anteponga a las humanidades! Es necesario recordar las esclarecedoras palabras del escritor galo André Gide: «Todo está dicho ya pero como nadie escucha es necesario volver a empezar». Lo sabemos pero no movemos un dedo. Se llama inercia, condimento social que conocen bien, y aprovechan en su beneficio, los artesanos del nuevo mundo tecnológico digital. Estas páginas atienden el aserto del Premio Nobel de Literatura francés: incitar al recuerdo y a la reflexión acerca de las situaciones observadas, presentándolas con reiteración extenuante para poder contemplarlas desde todos los ángulos posibles. También se irá vertiendo información de literatura afín. Pero antes de encarar el presente examinemos el pasado de lo que llamamos “tecnología”. Nada se entiende sin volver la cabeza.

Antecedentes

En ciencia base, el siglo XX tiene una deuda impagable con el siglo XIX, deudor a su vez, aunque en menor cuantía, con el siglo XVIII, el que alumbró el despertar y florecimiento de tantos conceptos y descubrimientos que pusieron en pie a la comunidad científica. Se toma como hito de salida de este recorrido a vuelapluma el descubrimiento del motor de vapor, el fruto de la ciencia aplicada que más tarde se llamaría tecnología, el medio que cambió la tracción animal por el movimiento mecánico autónomo, trastocando de paso el sosiego de los pacíficos ciudadanos al advertir que por sus cuerpos comenzaba a circular un fluido que ya no los abandonaría: la incertidumbre sobre su utilidad en el mundo y el inquietante balanceo del puesto de trabajo. Aquel amenazador y ruidoso artilugio fue el primer disparo de la ciencia de los tiempos modernos con capacidad para zarandear a la sociedad global. Ya no se detendrían las salvas, cada nueva en el ambiente con

más potencia y entre tiempos continuamente menguados; una carrera contra el tiempo. El mundo había decidido acelerar el ritmo, desprenderse de los viejos ropajes y hasta cambiar de piel. Un nuevo maná caído del reverdecido árbol de la ciencia nutría las ideas, los proyectos: se llamaría tecnología. El motor, un mecanismo de movimiento autónomo, milagro para unos y arma sacrílega para otros, se adueñaba de la situación, modificaba usos y costumbres derribando cuantos muros encontraba a su paso. Adiós a la fuerza hidráulica para la moltura de la aceituna; adiós a la energía cinética enviada por Eolo para moler el grano; adiós a la montura y transporte animal. El progreso se llamaba motor, la ciencia se había aliado con el hombre produciendo un eje giratorio, con vida, un dispositivo artificial, capaz de impulsar fuerza por sí solo, una alianza entre el cielo y la tierra del tamaño metafórico del arco iris. El ejército de investigadores creció y creció. Un día una nueva rama asomó a la vida con intenciones invasoras: la electricidad. Con ella ya nada detendría el progreso, el mundo feliz anunciado en el papel por los de mente revoltosa. ¡Todos con la mirada al frente!, ¡la vida es progreso!, ¡el avance tecnológico es el nuevo tiempo, el viejo ha muerto! Pocos miraron hacia atrás, acaso para no convertirse en sal, como la mujer de Lot. Los que lo hicieron, recibieron serias reprimendas acusados de intentar obstaculizar el avance. De haber meditado la sociedad si era eso lo que deseaba, hoy ningún niño confundiría los drones con pájaros. Ni los más sabios astrólogos modernos, los sociólogos, pudieron anticiparse a la venida de una cultura que asumiría como natural el mando de la máquina sobre el hombre hasta arrinconarlo.

En numerosas ocasiones se ha vertido en el ambiente del nuevo ecosistema que ha provocado el mundo digital la pregunta acerca de si la acumulación, en tiempos tan cortos, de acontecimientos tecnológicos tan grandes son solo fruto del azar o de fuerzas desconocidas que operan al margen del entendimiento humano. Las dudas que suscita son razonables y las opiniones incontables, sin que falten la superstición y la fantasía, los instintos que nos conducen al vuelo por las nubes, a abandonar la tediosa realidad, querida y denostada a partes iguales. Estéril aventura la de sumergirse en pozos oscuros y profundos, inútil hazaña la de indagar en los deseos de la naturaleza. No así a observar el exterior, la realidad, a seguir el curso del avance de la ciencia y su brazo armado, la tecnología, desde la vertiente de la repercusión social que

causan. Es «El sueño ilustrado que crea dependencia», la acertada sentencia del investigador Francesc Llorens (1962). Jamás podremos conocer si Albert Camus, en el contexto actual, escribiría las mismas palabras en su ensayo *El hombre rebelde*: «Se debe aceptar la realidad de la situación y examinar las justificaciones». ¿Qué justificaciones hay ajenas a la deriva megalómana impulsada por unas cuantas “tecnológicas” de *Silicon Valley*, ávidas de gloria, dinero y poder que, con sus acciones, han desmantelado las estructuras sociales e incendiado el sosiego de la mayoría de los ciudadanos? Este libro, “desocupado lector”, palabras tomadas en préstamo del prólogo de *Don Quijote*, es una aventura por las sucesivas etapas del desarrollo tecnológico unidas a la vida social, personal y profesional del ser humano. La hace transitando por dos vías antagónicas: aplaudiendo la tecnología “noble”, la que está a disposición del ser humano para su provecho, y censurando con talante combativo la que tiene intenciones de apropiarse de él y usurpar su protagonismo. No hay catastrofismo ni intencionalidad; únicamente presentación de la situación tal como este autor la percibe y reflexión sin límite.

El siglo XIX aportó al XX los ingredientes fundamentales para cocinar todos los suculentos platos tecnológicos que han ido elaborando los cocineros de la ciencia aplicada. La repercusión social, con sus dos caras, es hartamente conocida. El siguiente, el siglo XXI, no hace sino continuar el camino, tan bien delineado, aunque con intenciones de cambio social, de asedio del hombre por la máquina alimentada por la omnipresente inteligencia artificial.

Por ingredientes fundamentales se entienden las leyes de la ciencia base con las que se han obtenido los desarrollos que han cambiado el modo de vida de la sociedad. Inicialmente, como se tratará en líneas posteriores, con el noble propósito de ofrecer ayuda y confort al ser humano y después, con las nuevas hornadas de diseñadores movidos por razones nada ocultas de poder, dinero y megalomanía, sin olvidar la contribución política cuando los gobernantes advirtieron las posibilidades de los nuevos medios para sus deseos de mantener a los ciudadanos a buen recaudo en su redil.

Los desarrollos del momento basados en la electrónica se deben a dos grandes gestas, aunque conseguidas con el concurso de un granado elenco de actores: la transmisión inalámbrica y el componente activo

que dio lugar a la electrónica de amplio espectro. El primero tiene su génesis en los trabajos de Michael Faraday (1791-1867) que condujeron al descubrimiento de los campos electromagnéticos, un esfuerzo de ciencia, imaginación y tesón experimental de magnitud difícil de cuantificar. Continuó con la formulación de la teoría de la radiación electromagnética por parte del matemático escocés James Clerk Maxwell (1831-1879) y culminó con los experimentos del alemán Heinrich R. Hertz (1857-1894) que dieron lugar a la puesta en escena del primer generador de señales electromagnéticas de la historia, cuya aplicación para la sociedad se encontró en la radiotelegrafía del acaparador industrial italiano Guillermo Marconi y otros muchos trazadores de nuevos caminos que, sin embargo, avatares del destino, quedaron en los márgenes de la historia. Una obra en cuatro actos para llenar el mundo de señales de radio llevando primero noticias y entretenimiento y, después, comunicación global: anuncio del principio teórico, formulación matemática, experimentación y, finalmente, aplicación masiva. El descubrimiento de la radiación electromagnética es muy posiblemente la mayor capacidad de ingenio (¿o acaso del azar?) de la historia de la ciencia considerando su escasez de recursos. En ningún otro momento como aquel el ser humano agregaba algo nuevo al ecosistema las -ondas radioeléctricas- y no únicamente alteraciones basadas en componentes de la naturaleza.

El siguiente escalón, el que abrió la puerta a la posibilidad de que en el futuro transitaran drones por el espacio propiedad de los pájaros, se inició con el diodo, obra de John Ambrose Fleming (1849-1945) y culminó con el triodo del casanova y mal empresario, aunque mejor investigador, Lee de Forest (1873-1961). El primer componente lo formaba una ampolla al vacío con un filamento como el de las viejas bombillas y dos electrodos por los que circulaba una corriente eléctrica en un solo sentido. El siguiente, el triodo, es el mismo componente pero con un tercer electrodo que le daba capacidad reguladora; en suma, un componente activo para alterar la corriente eléctrica en circulación. Fue el que permitió la radiodifusión, “la radio con voz”, en palabras de la época, y no únicamente tonos de diferente anchura representativos de los mensajes telegráficos. Con el triodo, el siglo XX en nacimiento ya se encontraba en condiciones de poder cambiar los hábitos de la sociedad en todos sus aspectos; unos cuantos precursores más, casi todos

huéspedes de un prometedor polígono industrial ubicado en tierras arenosas de California, *Silicon Valley*, mudarían la piel de la aldea global.

Mientras se fraguaban planes de avance tecnológico, primero con la noble ansia del saber, y después, al calibrar su alcance, con puro y desbocado talante megalómano, se encontraban hibernando las leyes de una matemática singular presta a situarse en la cima de la civilización a la menor oportunidad: el álgebra binaria, la de las operaciones lógicas basadas en dos estados, la aritmética de la computación, la llave de la electrónica digital. La desarrolló el matemático inglés George Boole (1815-1864) alrededor del año 1850. Una curiosidad de laboratorio, una nueva forma de calcular y asociar operandos, pero sin utilidad en aquel momento. Pero como el cazador ante la presa, sus formulaciones estaban esperando la oportunidad. Llegó en 1938 con Claude Shannon (1916-2001) un ingeniero norteamericano cuyo santo de cabecera era Edison. Inventor por devoción, como su venerado, desempolvó los complejos postulados matemáticos de Boole y los aplicó a la electrónica de la época, basada entonces en la lámpara triodo. Sus experimentos los dirigió a las operaciones de cálculo. Había nacido la electrónica digital.

El amanecer de un nuevo tiempo

Aunque este tratado no está enfocado a la historia de la tecnología electrónica sino a la crítica de la situación a la que nos ha llevado sin nuestro consentimiento, sin nuestro deseo, estas líneas alrededor de la electrónica y sus efectos serían incompletas si no comenzaran desde el punto de partida de la electrificación del mundo, la tarea que acabó con los quinqués, con las velas y con las luminarias alimentadas con gas. En 1879 comenzó a iluminarse el globo terráqueo y la bombilla se puso en jarras mirando retadora al sol. Un “milagro” porque su vida útil era de cuarenta horas. Los perdedores están presentes en todas las contiendas con diferente grado de protagonismo: las empresas gasistas se arruinaron y sus empleados perdieron el puesto de trabajo. A cambio germinaron a millones los de las compañías eléctricas que asomaban al nuevo y prometedor ambiente. Fue un trueque de empleos perdidos por los que nacían, situación tan diferente de la de hoy, que únicamente se destruyen porque las máquinas toman el poder y dicen, con su callado lenguaje binario de silicio, que el trabajo, y hasta la creatividad, son suyos.

El punto de partida de la electrificación global, recogida aquí con apenas unas puntadas mal dadas, se inició con la llamada “guerra de las corrientes”. Fue una contienda en forma de concurso público emitido en Estados Unidos a finales del siglo XIX en la que el ganador despejó y ensanchó la vía por la que comenzaron a discurrir los actores del desarrollo tecnológico.

Como en la guerra de Troya, la pugna la disputaron dos ejércitos capitaneados por seres famosos y de talante personal y profesional diametralmente opuesto. La convirtieron primero en espectáculo de masas, con desconcertados espectadores en ambas orillas del Atlántico, y después en el relato mítico con el que se abre la página de la historia de la iluminación eléctrica: Thomas Alva Edison (1847-1931) competía con su propia compañía. Era un personaje con apetito continuo por fortuna y prestigio, un individuo extrovertido con demostradas habilidades para moverse con la soltura de los actores en la sociedad. El contrincante era Nikola Tesla (1856-1943), croata, en aquel acto en asociación con la norteamericana Westinghouse. El balcánico no disimulaba su comportamiento huraño, asociable, solitario y completamente alejado de la querencia al beneficio económico; su talega, bien abastecida de saberes y habilidades, le permitía mantener la vista alta. El primero acabó sus días rico y encumbrado socialmente, y el segundo, aislado y viviendo de una pensión comprada con la cesión de sus patentes, que fueron cuantiosas, aunque de difícil venta, acaso por mirar demasiado a las nubes. Venció el segundo porque de haberlo hecho el primero no se hubiera producido avance de la tecnología, en ciernes entonces, o tomado otros derroteros nunca imaginados. Tesla se contentó con una estatua junto a las cataratas del Niágara, a las que facilitó electricidad para que el ingeniero cántabro Leonardo Torres Quevedo (1852-1936) instalara su transbordador. Edison, cambiando de piel, como los políticos (él lo era, y mucho), comenzó a electrificar ciudad tras ciudad, país tras país sembrando alianzas con el procedimiento técnico de su rival y antes empleado.

El premio en disputa que mantenía al mundo en el fino hilo del equilibrista era el tipo de corriente eléctrica a implantar; continua para el tempestuoso Edison y alterna para el sereno, atildado y espigado croata, que abandonó París reclamado por Edison por unas promesas laborales y económicas que resultaron incumplidas por las desavenencias que los

separaron desde el primer encuentro. «¡Cuánto hablas para lo poco que sabes!», le dijo el croata al norteamericano antes de abandonarlo para buscar la gloria por su cuenta; en realidad laureles, su fruto preferido. Eran dos seres irreconciliables, como sus corrientes eléctricas. El siglo XIX fenecía. La Feria Mundial de Chicago, en conmemoración del cuarto centenario de la llegada de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, fue el escenario para dilucidar la contienda. Ganó Tesla y el mundo abrió los brazos a la corriente alterna, el alimento que demandaría la electrónica cuando naciera, muy pocos años después. ¿Hubiese sido posible el desarrollo tecnológico con el procedimiento del padre de los inventos? El alcance global de la pugna dio para páginas y páginas y años y años de artículos y opiniones; estaba en juego electrificar el mundo, hito hoy sepultado por el desinterés social hacia los orígenes de nuestro singular tiempo y en favor de las últimas y frívolas novedades del orbe del espectáculo. Hasta bien tarde, las crónicas del suceso se contestaban con un rotundo sí. Se avalaban con unos contrafuertes más sólidos que los que soportan el templo Notre Dame de París: todos los equipos de uso cotidiano del momento funcionaban con corriente continua. Ignoraban que pronto se requeriría un dispositivo convertidor entre diferentes niveles de tensión llamado transformador. Y ese dispositivo, cuyo origen despertó Faraday, aunque Tesla se asignaba la paternidad, demandaba, para ejercer su función, corriente alterna.

Pero... ¿cuál era el estado del arte antes de “la contienda” de las corrientes? La bombilla de Edison, en 1879, y la dinamo desarrollada por el belga Zénobe T. Gramme (1826-1901) pocos años antes, en 1869, dieron lugar a las primeras electrificaciones de hogares y empresas por todo el mundo. Edison contaba con una compañía suministradora de electricidad alimentada con dinamos, las máquinas de corriente continua que Tesla mejoró hasta que rompió relaciones con su jefe al grito de: «¡Thomas, el futuro está en la corriente alterna!».

Anécdotas, restos del pasado, acaso solo recuerdos, pero fructuosos, necesarios para anclarlos como referencias en el tiempo y el espacio y no perder el rumbo. «Somos lo que recordamos», uno de los muchos bastones en los que nos apoyamos para no caer en el estéril vano de la ignorancia. Fama y dinero, solos o acompañados, son ingredientes del menú de los seres humanos. En la vida de Tesla cabe otra gesta, poco conocida, protagonizada por su desinterés por el dinero: la Corte